

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 23 de Marzo de 1933

Núm. 515

MUJERES DE AYER

Cecilia Marillas

(1539 - 1581)

primera figura intelectual femenina de su tiempo en su tierra, después de D.^a Beatriz Galindo.—
lora consumada en lenguas latina, griega, italiana y francesa, al par que en labores de aguja.—Un «mapamundi» perfecto, bordado a mano.—Teóloga y escriturista.—Maestra de sus nueve hijos

Desde que en el siglo VX comenzó Salamanca sede de la sabiduría española y lugar donde se reunían cuantos al estudio querían dedicarse, las mujeres salmantinas, por fuerza del ambiente en que vivían, comenzaron a esmerarse en la cultura, procuraron ilustrarse y consiguieron tan noble empeño no por los medios hoy usuales—que la asistencia de la mujer a las aulas universitarias era entonces cosa insólita y sólo algunas de excepcional valer las frecuentaron, mas no como estudiantes, sino como «maestras»: Lucía Medrano, Salamanca; Francisca de Lebrija, en Alcalá de Henares, etc.—, sino por esmerados privados y particulares, hechos a la dirección de hombres eruditos y haciendo dificultades tan grandes como la que representaba la escasez de libros, cuando aún no se había descubierto la imprenta, el que muchas de las que deseaban estudiar tenían que comenzar por «deprender lectura» cuando eran niñas, ya que en la niñez se desdaba la instrucción, y se daba en cambio, gran importancia a las labores domésticas y primores de aguja, de modo que el hacerse «una latina»—nombre que generalmente se daba a toda mujer que, si se adjudicó de modo especial a doña Beatriz Galindo, también dio a otras muchas—significaba, por parte de los profesores, un derroche de ciencia, y por la de la discípula, una dedicación a las letras bien definida y voluntad firme, que la hacía superar obstáculos y dificultades.

Fue Cecilia Marillas una de estas «latinas», de vocación bien definida y voluntad probada, y quizá la gloria mayor en sus mujeres, después de doña Beatriz Galindo, ha tenido Salamanca.

La historia, que se ocupa poco de las mujeres, no nos dice que fuera noble, lo que hace suponer que, si no pertenecía a un estado llano, fué, a lo sumo, hija de hidalgos bien acomodados; lo que nos diríamos «una muchacha bien», y tan mal suena aplicado a una dama de la alta sociedad del siglo XVI. Dicen, sí, los historiadores que de ella se ocupan, entre otros el Padre Lampillas, S. J., que, nacido en 1539, dió desde su infancia muestra de un ingenio verdaderamente singular, que llamaba la atención de todos y conocidos y hacía esperar se honraría de los suyos y gloria de la tierra donde nació.

«Se juntaron en ella, a la vez—dice P. Lampillas—, todas las habilidades que hacen el ornato del sexo femenino: tanta erudición en las ciencias, que podía hacer famoso literato a cualquier hombre».

De consuno, nos la presentan sus

biógrafos «diestra en la música», arte entonces muypreciado, y en tal grado de maestría dominaba este arte, que «con la voz y con los instrumentos embelesaba al noble auditorio», lo que hace suponer que la casa de la «artista» era frecuentada por lo más selecto de la Salamanca del siglo XVI.

Los primores de sus manos en la confección de bordados llegaron a lo entonces desconocido, que «la aguja era lo mismo en su mano que el pincel de un pintor insigne» y «sus bordados podían excitar la envidia de las decantadas trabajadoras de Frigia», como afirma un helenista.

Entre las obras que salieron de sus manos «primorosas y bellas», asombrando a mujeres y hombres por lo que de ciencia y habilidad tenía—«prodigio de arte» lo denominaron—, figura un «mapamundi», bordado con rara perfección. ¿Cómo diseñó tierras y mares entonces poco conocidos o desconocidos totalmente? Nada dicen sus historiadores sobre tan curioso hecho, que sería interesante conocer. Sabemos sólo que «admiró a los más inteligentes».

Sin embargo, estas habilidades fueron insignificantes al lado de su erudición. Con rara maestría hablaba las lenguas latina, griega, italiana y francesa; estudió teología escolástica, y en estudiar Escritura Sagrada puso tanto empeño, que «sabía casi todos los textos de memoria».

Muy joven contrajo matrimonio y nada sabemos del nombre y condición del marido; sí de que fué madre de nueve hijos, dignos de ella, ya que parece que con la sangre les dió, en cierta manera, algo de su talento, de su amor a la ciencia e inspirada facilidad para el arte, y que casi no necesitaban de maestros «para formarse instruidos».

Cumplió a conciencia sus deberes maternales en cuanto a la crianza de sus hijos, pero su vocación de madre le dió otra admirable por lo irresistible: la tierra y alta de «maestra». En este aspecto encuentro a Cecilia Marillas «muy actual».

En sus tiempos, cuando la enseñanza estaba casi totalmente encomendada a religiosos y sacerdotes, su rasgo es sólo un exceso, una delicadísima finura de amor, tan hondo que no reparó en trabajo más o menos; tan exquisito que en su fondo veo sólo un deseo de que sus hijos la debieran no sólo la vida del cuerpo, sino la mucho más valiosa, grande, noble y preciada de la inteligencia.

Lo que entonces fué finísimo don de una madre, quizá pueda pasar a ser deber gravísimo de todas en los «tristes y laicos» días que vivimos, cuando la fe y la salvación de los hijos puedan peligrar por haberse encomendado su instrucción a maestros y textos sin Dios.

Cecilia fué la maestra única de sus hijos, convirtió su casa en Universidad, ocupando ella sola las «cátedras» de retórica, de música, de filosofía, de gramática latina y griega y de teología, y no fueron «medianías» los hijos afortunados y discípulos estudiosos, que, célebres en las ciencias, ocuparon digni-

dades distinguidas, eclesiásticas y seculares.

Curioso en extremo sería relatar la vida de cada uno y cómo resplandecieron en virtud y letras, si el espacio lo permitiera.

Caso tan peregrino llegó a conocimiento del rey Felipe II, el cual, admirando la virtud y erudición de esta incomparable señora, la ofreció «por reales letras» el cargo honorosísimo de Maestra de las Infantas, particularmente «encargada de la Señora Infanta Isabel Clara Eugenia»; pero Cecilia Marillas, madre ante todo, rogó al Rey en carta que, no obstante mis averiguaciones, no he podido encontrar, «se dignase relevarla de este honor para poder perfeccionar la educación de sus hijos», comprendiendo y haciendo comprender al Rey que para cargo tan alto tendría muchos vasallos dispuestos a servirle, pero sus hijos no tenían otra madre ni querían otra maestra, y que mucho daba a su Rey al darle nueve súbditos cultos, virtuosos y amadores de quien, ofreciendo un alto honor a su madre, la dispensó de él por amor a los hijos.

Durante un viaje que hizo a Valladolid esta excepcional y admirable mujer, en el año 1581, murió cuando sólo contaba cuarenta y dos años, y hoy se ha perdido la memoria del lugar en donde está sepultada.

C. F.



Vestido de mañana, de crepe de lana gris, de forma muy original y adornado con jersey rayado, amarillo gris y capuchina

vadas cumbres de las montañas eternamente blancas, para respirar a plenos pulmones el aire puro de los países helados. Mientras la humanidad se entrega a esas diversiones, viajes o pasatiempos, los modistos trabajan con encarnizamiento, a fin de preparar con destino a todas las mujeres los lindos modelos de la estación venidera.

A principios de febrero es llegada la hora de hacer pronósticos, pero ya es sabido que no hay que hacerles caso. Si uno se atiene a uno o dos ecos salidos de algunas de las casas que han seguido siendo grandes dispensadoras de la moda, se corre el peligro de sufrir un engaño. Cada una de estas casas tiene su clientela particular y ya se comprende que sus modelos no pueden generalizarse. A mi juicio la moda no es lo que llevan algunas mujeres, sino la que inmediatamente seduce a la mayor parte. Pero ¿qué se dice? Pues, se asegura que las faldas no se alargarán; que serán bastante anchas si el tejido es ligero, y algo estrechas en caso contrario. Con los primeros días buenos veremos aparecer los trajes sastre primaverales, con sus blusitas inseparables. La chaqueta se verá reemplazada con frecuencia por unas nuevas capitas de quita y pon. Para la mañana los trajes de *lainages* irán acompañados de boleros, chaquetas o capas. Se verá mucho *tissu de lamé*, liso, y también jersey rayado. Los botones serán de galalita, corozo o níquel y desempeñarán un papel importante, así como los nuevos brazaletes, los sujetadores y las hebillas de fantasía. El gris y el beige gozarán de favor en la primavera. La silueta no cambiará mucho; el cuerpo irá ajustado con o sin cintura, mangas fantasma, mangas ahuecadas, ya por encima o por debajo del codo, y también habrá mangas rectas con adornos altos. Y falda que ciñe las caderas ensanchándose luego.

Damos en esta página tres modelos primaverales. Por de pronto veamos el trajecito sencillo de *lainage*, fácil de llevar por la mañana. Es de crespón de lana gris, de forma muy original, y va adornado de jersey rayado amarillo, gris y capuchino. Luego viene un traje sastre de punto de media rojo; la chaqueta va cerrada por medio de unos sujetadores de metal. El tercer modelo es un abrigo de *lainage* diagonal beige, adornado con un gran cuello drapeado y de altas vueltas de *lainage* ladrillo, incrustadas de beige.

Para usted, señora, podemos indicarle esas chucherías de cuentas, de la derecha y de la izquierda, que he visto en las tiendas a la moda, así como también guantes, zapatos, echarpes, etc. Todo eso parece destinado a la moda de mañana. Para la noche indicamos ese conjunto encantador,



Traje sastre de tricot rojo. La chaqueta se termina con dos cierres de metal.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Febrero 1933.

La moda nueva

En tanto que algunas mujeres, a pesar de las crecientes dificultades de la hora actual y de la incertidumbre angustiosa de las horas venideras, se divierten, bailan, se visten, otros grupos salen para las playas de temperatura más clemente, a fin de aprovechar los beneficiosos rayos solares y no faltan quienes parten en dirección a las ele-

